

Introducción

Si "refugiado" ha sido tristemente galardonada como la palabra del año 2015, "crisis" puede tratarse perfectamente de su homólogo a la hora de definir la última media década europea. Crisis y más crisis. Primero fue el terremoto financiero internacional, que pilló a muchos bancos europeos por sorpresa. Después vendría la crisis de deuda soberana. Luego los rescates. Más tarde las recriminaciones norteñas a sus vecinos del Sur: "*¡No! ¡Nada de miles de millones de euros suplementarios para los griegos glotones!*", tituló el diario Bild el 26 de febrero del pasado año. A continuación llegarían Tsipras y Varoufakis, referéndums frustrados, más rescates y más recortes. También un *corralito*. Hasta que la bomba de relojería migratoria estalla en el Mediterráneo. Un cóctel demasiado volátil hasta para la Europa de Angela Merkel.

¿Que el devenir comunitario se encuentre en manos alemanas, es malo? ¿Es irremediable, es justo, es necesario? Realmente no se trata de una situación nueva. Quizá sí lo sea en el imaginario colectivo de una Unión que, hasta la llegada de la ciclogénesis explosiva de 2008, había permanecido ajena a la burocracia particular de Bruselas. Los asuntos europeos, en periodos de bonanza y vacas gordas, nunca han copado grandes titulares ni han sido objeto de análisis pormenorizado de sus gentes. Cuando nos fue bien, Europa nos gustaba, independientemente de quién mandase, más o menos. Pero la crisis ha cambiado muchas cosas. También ha cambiado conciencias.

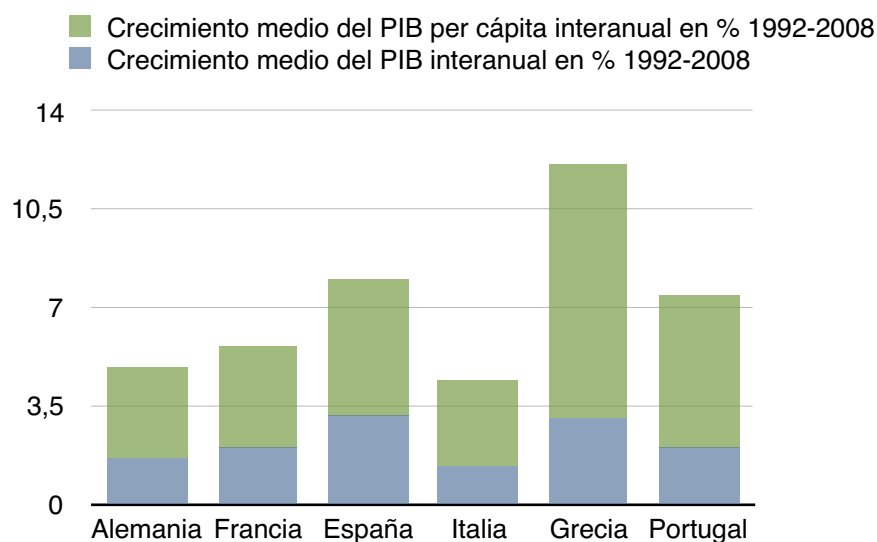
El papel alemán no ha sido sencillo en ningún caso. Desde su ascenso a la jefatura del Gobierno, Merkel ha tenido que lidiar con situaciones cuanto menos peliagudas. ¿Cómo defender y ligar los intereses nacionales a los de la unión monetaria? ¿Cómo tender la mano al vecino sin poner en riesgo el bienestar interno? ¿Cómo hacer política migratoria, cuando el resto de Estados delegan sobre tus hombros toda responsabilidad? Son cuestiones nada sencillas de responder, y que a menudo se pasan por alto a la hora de valorar a Alemania como un líder frío, ambicioso, testarudo y cruel con los más desfavorecidos. Puede haber una parte de razón en eso, pero no menos cierto es afirmar que los intereses alemanes, en líneas generales, han podido salvar (y de hecho, han salvado) una integración que hace aguas.

"*A mayor ampliación, menor integración*" señala **Borja Lasheras**, director adjunto de la ECFR de Madrid. Es bastante cierto. La Unión Europea es una amalgama de sensibilidades dispares, culturas completamente ajenas, lenguas, costumbres y realidades económicas y sociales muy diversas. No obstante, es a su vez uno de los mayores éxitos institucionales de la historia reciente. Hoy parece que todo eso se haya olvidado.

Grecia: El epicentro de la crisis

Ese éxito que supone la Unión Europea en general no puede entenderse sin su dimensión económica, la misma que posteriormente degeneraría en una crisis que obligaría a repensar y replantear los fundamentos del proyecto comunitario. De entre todos los logros de la Unión, quizá haya uno que ciertamente haya destacado de manera notable sobre el resto, no sólo a nivel continental, sino global: **el euro**. Una unión monetaria de decenas de países gestionada por un organismo, el **Banco Central Europeo**, al que los Estados cederían su gobernanza monetaria. Ya no se podría recurrir a la devaluación monetaria en periodos de recesión para refrescar la competitividad. Todo eso quedaba en manos del BCE.

Con todo, la evolución experimentada por las economías de la Eurozona antes del estallido de la crisis no fue nada desdeñable. Los años 90 fueron periodos de verdadera prosperidad para el conjunto de los Estados miembro, con o sin el euro. Cogiendo como punto de partida la **firma de Maastricht** en 1992, nos encontramos con que, hasta el año 2008, países que sufrirían tantísimo la crisis como **Grecia** o **España** crecían a una media del 3%, que otros como **Irlanda** verían triplicado su PIB, y que **Alemania**, desde el



comienzo a la cabeza de la industria europea, apenas creció a una tasa media interanual del 1,6% en el mismo periodo. La entrada en circulación de la moneda única ralentizó ese crecimiento, promoviendo a su vez la regulación fiscal, sobre todo en

economías como la italiana, fuertemente endeudadas en la década de los 90 con un ratio PIB/deuda que rozaba el 100%.

En un principio, todo parecía indicar que los efectos de la crisis en Europa se limitarían a aquellos países "*contaminados*" por los activos tóxicos que desencadenaron el desastre en la banca de inversión estadounidense. No obstante, la realidad sería muy diferente, y la crisis de deuda soberana no tardaría en aparecer.

A la hora de construir la unión monetaria, no se estimó oportuno ni necesario avanzar paralelamente en una unión fiscal, bancaria ni política. Solo esto explica cómo Grecia, cuyo déficit público entre 1992 y 2008 fue de media de un 8% en relación con su PIB, pudo adherirse a la unión monetaria sin problema. En los principios de Maastricht, frecuentemente desestimados y violados por los Estados miembro, se establecía una regulación fiscal mediante la cual no podría superarse el 3% del déficit ni tener una deuda pública mayor del 60% del PIB. De este modo, desde su entrada en la unión monetaria en 2001, y cuando todavía no se había desencadenado el desastre del año 2010, **Grecia nunca ha cumplido con los criterios de convergencia comunitarios**. No ha sido el único país en no hacerlo. Italia, por ejemplo, solo cumplió 9 veces con el objetivo de déficit entre 1992 y 2014, y solo en 2007 consiguió rebajar su deuda pública por debajo del 100% de su PIB (un 99,70%).

2010: La crisis se traslada a Europa

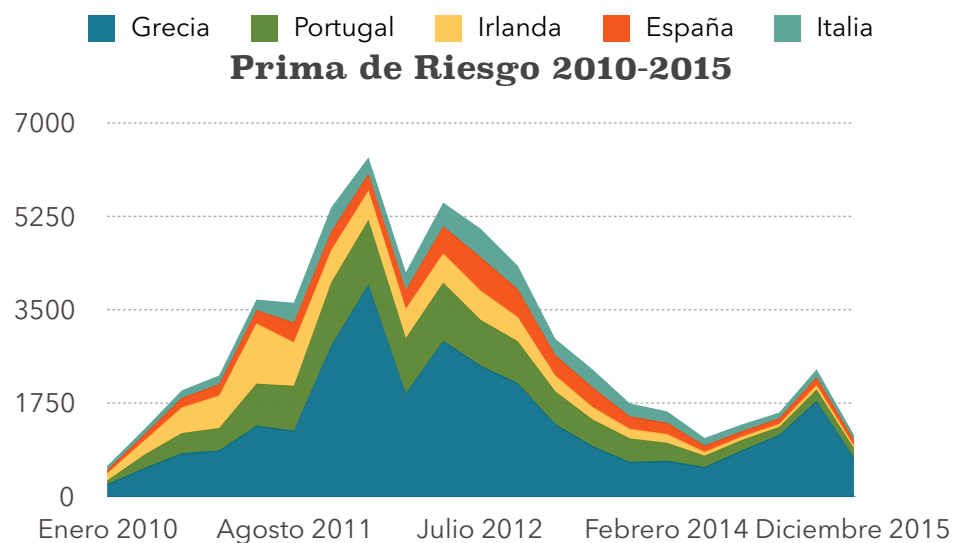
Tras una recesión generalizada en el conjunto de la Eurozona, en 2009 parecían vislumbrarse los primeros "brotos verdes" de recuperación en la unión. Muchos gobiernos pusieron en

marcha políticas expansivas y de estimulación de la demanda interna, entre ellos el ejecutivo de José Luis Rodríguez Zapatero en España, para así reactivar sus economías. No obstante, a principios del año 2010, el nuevo gobierno socialista de **Papandreu** en Grecia

destapó una serie de cifras

relativas al déficit público ocultadas por los ejecutivos anteriores de **Nueva Democracia**. En ese momento, la deuda pública helena se incrementó un 25% con relación al PIB, la confianza de los mercados cayó en picado y Grecia comenzaría una larga agonía económica y social que ha perdurado hasta el día de hoy.

Muchos lo consideraron como una "vuelta a la realidad", acusando al país mediterráneo de haber vivido por encima de sus posibilidades durante mucho tiempo. El efecto dominó se propagó, la deuda se disparó en la Eurozona y Alemania entró en escena.



Al otro lado del Muro

El posicionamiento alemán respecto a la crisis económica ha despertado simpatías bastante dispares en el seno de la Unión. Con la llegada de los rescates a los países del Sur y a Irlanda, y la confección de esa triada formada por el **BCE**, el **FMI** y la **Comisión Europea**, la **Troika**; la figura de liderazgo alemana se reforzó y adquirió protagonismo mayúsculo. En el aspecto económico, el BCE optó por delegar en el **Eurogrupo** (la reunión informal de los ministros de economía y finanzas del euro) las condiciones para los rescates, en donde **Wolfgang Schäuble**, ministro de finanzas alemán y peso pesado del ejecutivo de **Merkel**, siempre ha jugado un papel preponderante.



Las asimetrías de poder dentro de la Unión siempre han existido, antes y después de la firma de Maastricht en el 92 y antes, durante y después de la crisis del euro. En sí, el proyecto comunitario estuvo articulado en un primer momento para que tanto Francia como Alemania gozasen de un papel preponderante, al margen

de las desavenencias con Reino Unido. El país galo pondría su sello en el terreno político y social, abanderado como es de los valores de la *liberté*, la *égalité* y la *fraternité*, y Alemania supondría esa maquinaria industrial, impulsora de la economía comunitaria. De hecho, antes de la propia confección de la unión monetaria, todas las monedas europeas oscilaban su tipo de cambio respecto al marco alemán, y la rentabilidad de los bonos de deuda europeos a 10 años se hacen sobre el bono alemán (prima de riesgo). En definitiva, **Alemania presentada como sinónimo de seguridad, regulación y responsabilidad.**

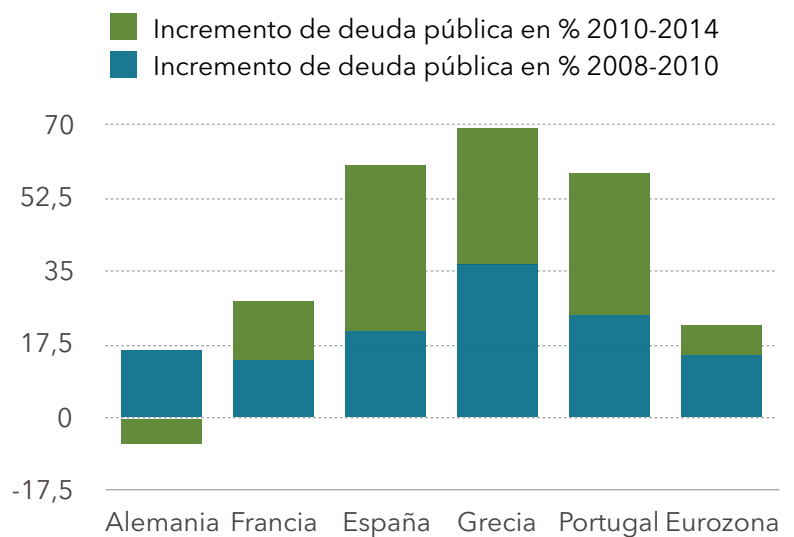
Ese tándem entre Francia y Alemania se evidenció en octubre de 2010, cuando el entonces Presidente de la República **Nicolas Sarkozy** y la canciller alemana **Angela Merkel** (imagen superior) se citaron en las costas de **Deauville** (Francia), a espaldas del Consejo Europeo, para discutir unilateralmente los programas de ajuste y de deuda para los países intervenidos. La respuesta fue una dura reprimenda y ataques especulativos por parte de los mercados internacionales. A partir de ese momento, el directorio conocido como *Merkozy* perdió poder, algo que quedaría evidenciado en 2012 cuando

Hollande, Monti y Rajoy convencieron a Alemania para romper el vínculo entre deuda soberana y deuda privada, relanzando el proyecto común de unión bancaria.

Muchos economistas como **José Carlos Díez** consideran ese punto como clave en el devenir futuro de la Unión: "*(La crisis) ha puesto en evidencia los déficit institucionales y la necesidad de compensar la unión monetaria con una unión bancaria, un seguro de depósitos común y una unión fiscal con seguro de desempleo común, impuestos en el centro y (con) la capacidad de emitir eurobonos*".

Los programas de ajuste

Una de las peculiaridades en la crisis de deuda es el inevitable círculo vicioso que se crea con ella. El ejemplo más claro fue el de **Grecia**, un Estado que, ahogado por la deuda, tuvo que pedir dinero a los mercados financieros. Estos no le prestaron, o lo hacían con unos intereses altísimos (véase la gráfica de la página 3), por lo que se veía obligado a pedir prestado a sus socios europeos para poder financiarse y evitar entrar en el temido default o suspensión de pagos. Una nueva dicotomía se había formado en ese momento: la de **acreedores** y **deudores**, que muchos comienzan a relacionar como una contraposición geográfica, **Norte-Sur** (a pesar de Irlanda).

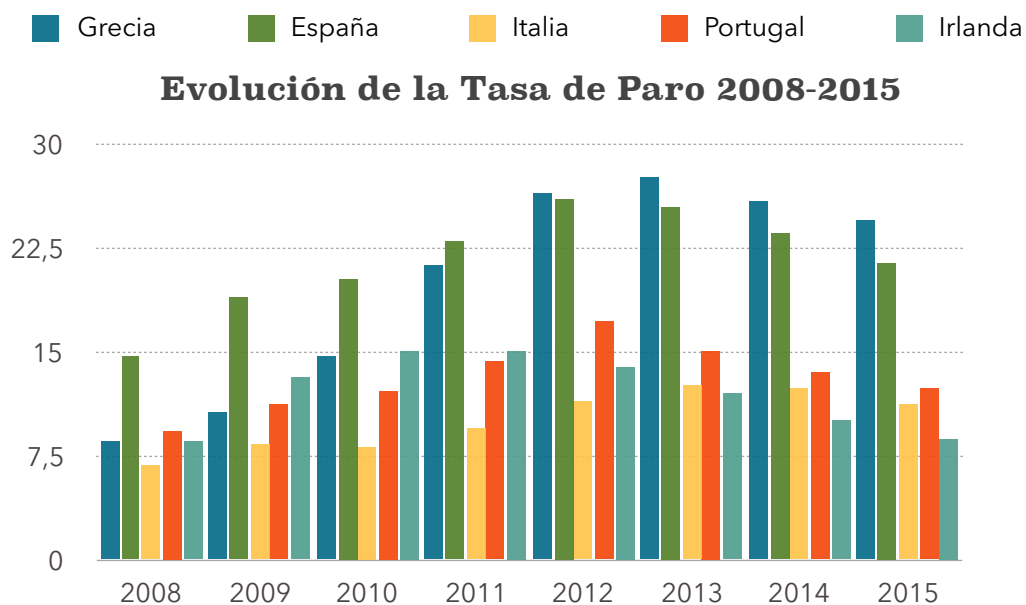


Alemania estuvo al frente de las negociaciones de los rescates, haciendo acto de presencia a la hora de echar una reprimenda a los Estados incumplidores de los programas de ajuste que dictaba **Bruselas**. Sin embargo, tal y como apunta el catedrático de Relaciones Internacionales, **Rafael Calduch**, no estaba sola: "*Alemania, en el ámbito de esta crisis, efectivamente ha demostrado su liderazgo, pero no olvidemos que ninguna de las decisiones que se han adoptado, sobre rescates o no rescates, ha sido exclusivamente alemana. Los franceses siempre han apoyado esas decisiones, aunque no hayan sido la cara visible*".

Sea cual sea el caso, las consecuencias sociales y el desempleo a los que se vieron obligados a hacer frente los Estados total o parcialmente intervenidos (caso de España) ha desencadenado a su vez crisis políticas, sociales e institucionales. El europeísmo ha caído en picado en los últimos años en países altamente europeístas, como en el propio

caso español, o en Grecia. De hecho, el país heleno solo es superado por **Chipre** como el Estado que peor imagen guarda sobre la Unión Europea: según el **Eurobarómetro** del pasado mes de septiembre, un 36% de la población griega rechaza a la Unión Europea (frente al 42% de la sociedad chipriota), y solo un 25% mantiene una imagen totalmente positiva hacia el proyecto comunitario. En España esa cifra es de solo el 34%.

Esto se debe, entre otros factores, a los **programas de ajuste y de recorte en el gasto público** que se impusieron a los Estados miembro con serios problemas financieros. Alemania se olvidó en este momento de que, junto con Francia, fue uno de esos muchos países que incumplió con reiteración los Pactos de Estabilidad de la Unión Europea tras la llegada del euro. De hecho, entre 1999 y 2007, España fue, junto con Luxemburgo, Irlanda, Bélgica, Finlandia y Luxemburgo, el único país que cumplió con el objetivo de déficit y el techo de deuda estipulados. Los sucesivos intentos de **Pedro Solbes**, ex-ministro de economía de Zapatero, por sancionar a Alemania y Francia por ello siempre habían caído en saco roto.



La postura de hierro alemana, apoyada por los gobiernos del norte de Europa, siempre se ha basado en una fuerte contención del gasto público y en la devaluación interna de los salarios, algo que ha permitido volver a crear empleo (tal y como se muestra en la gráfica superior), pero con un modelo diferente al de antaño. Un modelo que, ciertamente, recuerda en parte al alemán, cuyo saneamiento económico se debe sobre todo a su contención salarial y a los conocidos "*mini-jobs*", que suponen casi un 20% del empleo total en Alemania, ahora mismo con una tasa de desempleo ínfima en relación con los países intervenidos.

Berlín tras la crisis económica

Ciertamente, Merkel siempre ha tenido que lidiar con ser la cara amarga de los programas de ajuste, la que siempre ha encabezado las palabras más duras y las posiciones más socialmente impopulares. Pero no ha sido del todo inmovilista. Hubo un momento, precisamente contemporáneo al encuentro de Deauville, en los que la canciller



llegó a retar al destino planteando la salida de Grecia del euro como un hecho asimilable. Al fin y al cabo, la economía helénica nunca superó el 2,5% del PIB de la Eurozona. No era lo mismo que dejar caer a España o a Italia, tercera y cuarta economías del euro. Pero en Berlín se entendió que para que Alemania fuese bien, era condición *sine qua non* el bienestar de esa convergencia monetaria. Un panorama diferente habría sido inabarcable, de tal forma que comenzó a crearse una conciencia de que **los intereses alemanes no podían desligarse de los intereses del euro**. No podía darse un paso atrás tras haber conseguido semejante logro histórico y político.

No obstante, las cifras con las que Alemania ha salido de la crisis invitan cuanto menos a la reflexión. Evidentemente, la economía alemana no permaneció ajena al panorama internacional, cayendo en recesión junto con el resto de economías occidentales entre los años 2008 y 2009. Sin embargo, a partir de 2010, año en el que estalló la crisis de deuda soberana, la cosa fue a mejor. Desde entonces, la superpotencia europea ha conseguido reducir más de un 6% su deuda pública, ha registrado un superávit fiscal del 0,3% en 2014 y se ha convertido en el segundo país de la Eurozona que más ha aumentado su PIB per cápita desde 2010, un 2,85%, solo superado por Luxemburgo (3,4%).

A esto ha contribuido en gran parte la **reducción de intereses de su deuda pública**. Según un estudio del Instituto de Investigaciones Económicas de Halle, Alemania se habría ahorrado en esos años un total de 100.000 millones de euros en intereses de la deuda. Algo que, junto con la inyección de decenas de millones de euros del propio ejecutivo alemán para evitar la quiebra de su sector financiero, contrasta con la situación y con la actitud mostrada hacia los países del Sur. Una actitud en ocasiones más injusta de lo deseable a ojos de esas sociedades, pero que diverge de la mostrada por la propia Angela Merkel ante la última gran crisis migratoria internacional: la de los **refugiados**.

Una crisis con rostro humano



2015 no será un año fácil de olvidar, sobre todo para los centenares de miles de refugiados que, en estos precisos instantes, están en terreno europeo y al mismo tiempo en tierra de nadie. Los atentados de París y la amenaza terrorista internacional han propiciado un **aumento del control y la vigilancia fronteriza dentro de la Unión**, algo que repercute directamente sobre el flujo migratorio que desde antes del pasado verano amenaza con desbordar la capacidad de los países del Mediterráneo. Cada día, centenares de refugiados llegan a la isla griega de **Lesbos**. Muchos, sin embargo, no logran escapar de las aguas del Egeo.

Europa, y consecuentemente Alemania, se enfrentan a una de sus crisis más peliagudas, pues la solución no pasa por una vía única, ni por un liderazgo monopolístico en su gestión. A un lado queda el consenso que sí se consiguió entre los ministros de economía y finanzas con la crisis del euro. En esta crisis migratoria, la omisión se ha superpuesto a la acción. Tal y como argumenta **Angeliki Dimitriadi**, especialista en migración de la ECFR berlinesa, "*la Unión Europea no estaba preparada para la llegada de los refugiados, no por falta de capacidad sino porque sus Estados miembro han carecido de la voluntad y del interés para hacerlo*".

Las cifras de refugiados reubicados hasta el momento son ilustrativas. En el momento de escribir estas líneas, **solo 414 de los 160.000 a los que se habían comprometido los Estados miembro de la Unión Europea han sido reubicados**. El país que más refugiados ha reubicado hasta el momento ha sido Finlandia (140), seguido por Francia (62) y Países

Bajos (50). Esta cifra representa un 0,26% de lo pactado en el mes de Septiembre, y solo un 0,04% de los 1.014.836 solicitantes de asilo llegados por mar a territorio comunitario a lo largo de 2015.

Respecto a la solicitud de asilo, **Dimitriadi** también señala una serie de motivos que dificultan sobremanera la dispersión de refugiados: *"El problema de reubicación ha sido desde el principio problemático en su diseño. [...] (Respecto a la petición de asilo de los refugiados) Nadie quiere hacerlo, porque: a) No saben si serán elegidos para la reubicación, b) No saben qué país les acogerá, c) No saben cuánto tiempo estarán allí, pero son conscientes de que deberán permanecer en Grecia, que no tiene ningún mecanismo sobre el terreno para atenderlos... En otras palabras, para muchos es mucho más rápido seguir hacia el destino de su elección y pedir asilo allí."*

Un liderazgo descafeinado

Alemania se ha visto desde un primer momento desbordada por la afluencia de refugiados, con cerca de un millón de solicitudes de asilo recibidas en 2015. Es el destino favorito junto con **Suecia**, siendo este último el país que más esfuerzo económico realizó



el año pasado con respecto a los refugiados, un 0,5% en relación con su PIB, según un informe del FMI. Sin embargo, la actitud de los nórdicos parece haber cambiado. En los últimos días, y tras anunciarse el pasado noviembre el cese en sus políticas de puertas abiertas, Suecia está barajando la expulsión de entre 60.000 y 80.000 refugiados de su país.

La actitud alemana respecto a la crisis migratoria no ha encontrado respuesta afable en el resto de Estados miembro, que delegan toda responsabilidad en la superpotencia económica. Esto ha causado un recrudecimiento y una fuerte oposición entre los democristianos a los que pertenece la propia Angela Merkel. Tanto la opinión pública como el núcleo duro del Bundestag piden a la canciller que adopte medidas cuánto antes, presionada especialmente por **Baviera**, el Lander económicamente más poderoso del país y que comparte frontera con Austria. De hecho, un parlamentario bávaro llegó a mandar un autobús lleno de refugiados a Berlín en señal de protesta. Los inmigrantes, que habían llegado a Alemania tras semanas de peligrosa travesía, no daban crédito a lo que estaban viviendo en esos momentos.

De hecho, recientemente **Jean-Claude Juncker**, presidente de la **Comisión Europea**, ha recriminado con dureza a los 28 Estados miembro por incumplir sistemáticamente con sus compromisos, con un inciso particular sobre los del Este: "*Tendremos una tremenda crisis de credibilidad si no resolvemos esto antes de primavera: van a llegar centenares de miles de personas*". Tanto sus palabras como las intenciones de Alemania, apoyada en todo momento por la Comisión, parecen haber caído en el olvido, tal y como demuestra la actitud de numerosos países respecto a la inmigración.

En **Dinamarca**, por ejemplo, el ejecutivo ha propulsado un proyecto de ley para permitir a la policía la confiscación de dinero y objetos por valor de más de 1.340 euros a los refugiados. En países como **Hungría** o **República Checa** también se ha procedido a la detención de inmigrantes, obligando a que permanezcan en centros de internamiento de forma involuntaria. Otros, como **Eslovaquia**, solo se han comprometido a acoger a 200 refugiados, siempre y cuando fuesen cristianos, para "*favorecer la integración y cohesión social*", según el Gobierno. En **Middlesbrough, Reino Unido**, se han pintado de rojo las puertas de la casa de los refugiados, y en **Cardiff** se les ha obligado a llevar pulseras de identificación para poder recibir alimentos, lo que ya ha desencadenado ataques racistas de diversa índole. A pesar de la intención del Gobierno federal, en **Baviera** también se pueden requisar dinero y activos si superan los 750 euros, algo que se repite en el Lander sureño de **Baden-Württemberg**, en donde el límite de dinero que se les deja a los refugiados es de 350 euros.

Terreno cultivado para la xenofobia

Merkel no sólo está preocupada por las controversias y "rebeliones" internas al respecto de su política migratoria entre los democristianos. El partido de extrema derecha **Alternativa para Alemania**, apenas a dos meses de las regionales, ya cuenta con un 11% de apoyo entre la población. Esta situación no es exclusiva de Alemania. Ya en octubre del año pasado, el partido ultranacionalista **PiS** logró la mayoría absoluta en Polonia. En Francia, el ascenso de **Marie Le Pen** es incuestionable y ha obligado a Hollande y a Sarkozy a unir fuerzas en las pasadas elecciones municipales. Igualmente, vemos una importante presencia de **Amanecer Dorado** en Grecia, de la **Liga Norte** en Italia, del **Partido del Pueblo Danés** (segunda fuerza política en Dinamarca), del **UKIP británico** o del **FPÖ** en Austria, sin olvidar al gobierno ultranacionalista húngaro de **Viktor Orbán**, con mayoría absoluta y que ya en verano causó revuelo por sus medidas contra los refugiados. Todos ellos eurófobos o euroescépticos, y cuyo discurso ha ganado brío con la llegada de refugiados y valiéndose del malestar perpetrado entre la población tras la crisis económica. Ciertamente, un Consejo Europeo formado por fuerzas de este tipo rompería la dicotomía clásica entre conservadores y progresistas que ha regido el consenso europeo desde el principio. Eso Alemania lo sabe, al igual que es consciente de su lógica incapacidad para gestionar la política migratoria de toda la UE.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas, hemos podido ver cómo Alemania ha presentado una doble cara en la historia reciente de la crisis europea. Partiendo de una posición inmovilista y unilateral, de mayor consenso y posterior recrudescimiento con el tercer rescate a Grecia, hoy Berlín puede presumir de gozar de un bienestar financiero considerable, ampliando, eso sí, su distancia respecto a otras economías de la Eurozona. Un liderazgo en lo económico traducido en otro liderazgo en la gestión de una crisis, la migratoria, a la que nadie ha querido sumarse en esfuerzos. El consenso que logró fraguar Merkel en lo financiero no lo ha encontrado en lo político, algo que ha favorecido la animadversión hacia la canciller y hacia todas las políticas en favor de los refugiados. De hecho, un estudio reciente del **instituto Insa** para la revista *Focus*, revela que un 40% de los alemanes encuestados considera que Merkel, antaño popularísima, debería dimitir por la crisis de los refugiados, que no ha hecho sino aumentar la presencia y el apoyo hacia formaciones de extrema derecha en multitud de países de la Unión Europea.

En este sentido, hay una pregunta que deberíamos hacernos: **¿Y ahora, qué?** ¿Hacia qué Europa avanzamos? ¿Qué desafíos tenemos por delante? ¿Cuál es el futuro papel de Alemania, con o sin Merkel, en la Unión? ¿En qué ha podido cambiar el proyecto comunitario con estas dos crisis?

Las lecturas y opiniones al respecto son diversas. **José Ignacio Torreblanca**, politólogo y director de la ECFR de Madrid, considera que *"en términos técnicos, no hay menos integración hoy en 2015 de la que había en 2008, sino todo lo contrario. Todas las medidas tomadas para salvar la crisis del euro, desde el punto de vista técnico, legal y de arquitectura institucional, significan que ha habido más integración, esto es indudable. Otra cosa es que políticamente pueda haber aumentado la insatisfacción, o la desafección, etcétera. Pero yo creo que técnicamente hay hoy mucha más integración que en 2008 y se han hecho cosas que no se soñaban."*

En la misma línea se muestra **Rafael Calduch**: *"La propia historia de la Unión Europea demuestra que, cada crisis que ha tenido que enfrentar, ha terminado fortaleciendo la integración europea, nunca lo contrario. Cada crisis que ha tenido que enfrentar, fuese económica, fuese política; la integración europea siempre la ha enfrentado con éxito, siguiendo dos criterios fundamentales: el primero, más integración, y no menos, y segundo, más países. Y eso se está haciendo en esta crisis. Ha entrado Croacia, por ejemplo."*

Por su parte, **Borja Lasheras**, quien también ha recordado las tensiones internas y territoriales que se han dado y se seguirán dando en los Balcanes, territorio por el que los refugiados emprenden su entrada hacia Europa, se muestra algo más escéptico al

respecto: *"Ahora mismo creo que es muy pronto para hacer conclusiones muy firmes. Mi impresión es que esto (una salida de la crisis con mayor integración) se produjo en otros contextos en los que no se cuestionaban los pilares básicos de la Unión. [...] Creo que en el nuevo contexto no es más claro que la Unión haya salido más fortalecida. Es verdad que de la crisis de la Eurozona hemos salido más fortalecidos teóricamente, pero ahora estamos hablando de la propia fragmentación política de la Unión. Lo que está claro es que esta crisis sí que es de época, y no está claro cómo va a salir la Unión Europea. Desde luego que no va a ser la misma Unión Europea."*

Respecto a la situación económica, las valoraciones son a su vez dispares. **Eduardo Garzón**, por ejemplo, afirma que *"la gestión de la llamada crisis del euro ha evidenciado que no existe un interés común en la zona euro, sino que cada país o región de países tiene intereses diferentes -a menudo opuestos- a la de otros países u otras regiones. En el imaginario colectivo nunca ha estado tan presente la idea del enfrentamiento económico y político entre los países del sur y del norte."* Una idea que, ciertamente, se contrapone a la del economista y profesor, **Carlos Rodríguez Braun**: *"Creo que sí ha salido fortalecida la UE en términos políticos, económicos, burocráticos y de recorte de libertades. Las únicas divisiones económicas y sociales relevantes en Europa son las creadas por las propias autoridades, cuya fortaleza, en líneas generales, no ha disminuido, para desgracia de sus súbditos."*

Por último, en lo que respecta a Alemania, **Angeliki Dimitriadi** se muestra pesimista respecto al futuro inmediato: *"Si la situación se deteriora y Schengen cae, existe el peligro de que la población (alemana) empiece a replantearse si verdaderamente vale la pena intentar salvar al proyecto europeo y si Alemania tiene un papel que jugar en él. No creo que exista la posibilidad de una Alemania europea en este escenario. Más bien, será una Europa alemana o una Europa (muy diferente a la que conocemos ahora) sin Alemania"*. Una situación motivada por una crisis de refugiados que, según la investigadora, se ha agravado por el comportamiento del resto de Estados miembro: *"Si la política (migratoria) alemana cambia y se impone una barrera será porque los socios de la Unión Europea no han querido ayudar, no porque Alemania lo haya querido"*.

En cualquier caso, el futuro inmediato al respecto de la Unión Europea es muy incierto. La buena situación económica, favorecida por la coyuntura internacional y la caída de los precios del petróleo, puede no ser suficiente para sostener una integración política fragmentada por varios frentes: **Norte-Sur** (paralelismo entre acreedores y deudores de la deuda), **européistas** y **eurófobos** (con el *Brexit* a la cabeza) y **Oeste-Este** (países afines a la acogida de refugiados y detractores). Las cartas que se jueguen en los próximos meses al respecto de la crisis migratoria serán clave, sobre todo el papel de Alemania, ya no tanto en su gestión en dicha crisis sino por su rol de liderazgo al frente de la Unión Europea.

Bibliografía

1. ALDECOA, Francisco, "Avances de la Política Exterior de la Unión Europea", publicado en *Revista de derecho de la Unión Europea*, N° 2 (Primer semestre de 2002), p. 199-223.
2. ARAHUETES, Alfredo y Gómez Bengoechea, Fonzaló, "La crisis del euro: génesis, contagio y escenarios de superación", publicado en la *Comillas Journal of International Relations*, N° 4, 2015, p. 2-40.
3. BECK, Ulrich, *Una Europa Alemana*, Barcelona, Espasa, 2012.
4. FERRARI, César, "Tiempos de Incertidumbre. Causas y Consecuencias de la Crisis Mundial", publicado en *Revista de Economía Institucional*, Volumen 10, N° 19 (Segundo semestre de 2008), p. 55-78.
5. GUINDAL, Mariano, *Los días que vivimos peligrosamente, la trastienda de la peor crisis económica que ha vivido España*, Madrid, Planeta, 2012.
6. KINDER, Hermann y Werner, Hilgemann, *Atlas Histórico Mundial (II) De la Revolución Francesa a nuestros días*, Madrid, Akal, 2006.
7. KRUGMAN, Paul, "Eurodämmerung: el crepúsculo del euro", en *Acabad ya con esta crisis*, p. 179-200, Barcelona, Booket, 2012.
8. SANAHUJA, José Antonio, "Las cuatro crisis de la Unión Europea", en *Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales. Anuario 2012-2013*, p. 51-84, Madrid, CEIPAZ, 2012.
9. TORREBLANCA, José Ignacio, *¿Quién gobierna en Europa? Reconstruir la Democracia, Recuperar a la Ciudadanía*, Madrid, Catarata, 2014.